SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA|12. SABADO 21 DE FEBRERO DE 2009. AÑO 10. Nº 522



Rafael Yohai

dos proyectos buscan catalogar casi cien edificios en Barracas y La Boca,
además de expandir las áreas de protección y evitar que destruyan la Vuelta de Rocha

Premios de la Ciudad

POR MATIAS GIGLI

Para valorar la arquitectura construida en la ciudad, tanto en las ideas como en el modo de construirlas, el Ministerio de Desarrollo Urbano porteño volvió a editar el Premio de Arquitectura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Esta convocatoria retoma un viejo artículo del Código de Edificación de nuestra ciudad que llama a estimular la buena producción arquitectónica, convocando a profesionales y empresas. El premio es viejo, pero vuelve a retomarse después de muchos años de abandono.

En décadas pasadas, se tenía como parámetro valorar y otorgar las fachadas de edificios porteños. El premio, visto a la distancia, formó un catálogo de frentes de primera agua, tanto que los que sobrevivieron a las demoliciones fueron protegidos recientemente como patrimonio.

En esta nueva etapa ya no se premian las fachadas sino una serie de categorías de usos, según la convocatoria de la dirección general de Registro de Obras y Catastro. También se retoma la vieja costumbre de reconocer a los autores premiados con una placa que se debe fijar en cada edificio, a modo de cucarda a la vista de todos.

El jurado de esta segunda edición estuvo integrado por el titular de la Dgroc, Guillermo García Fahler; el subsecretario de Planeamiento, Héctor Lostri; y Jorge Hampton, en representación de la Sociedad Central de Arquitectos. Estuvo ausente el representante del Centro Argentino de Ingenieros. Para esta edición 2008 fueron convocadas a participar las Categorías C, Vivienda Multifamiliar, y D, Edificios para escuelas, institutos, museos, asilos, hospitales y templos. Pudieron participar los edificios cuyos certificados de final de obra estuvieron comprendidos entre el 1º de enero de 2007 y el 31 de julio de 2008.

El primer premio para viviendas multifamiliares fue para la obra en Campos Salles 1881 (*ver foto*) de Arquitectónika, el estudio de Darío López, Laura Leyt, Marcelo López y Mariana Yablón. El segundo premio fue para la obra en Clay 2928 del estudio de Tristán Diéguez y Axel Fridman.

En la categoría D se distinguió al Templo de la Asociación Civil Amijay en Arribeños 2355, de Urgell-Penedo-Urgell.



Dos proyectos para el sur

Barracas formará un continuo con las APH del sur porteño, con nada menos que 76 catalogaciones en un proyecto de ley con un apoyo sanamente multipartidario. Y La Boca preservará la Vuelta de Rocha derogando una vieja ordenanza de Onganía para ensancharla y destrozarla.

POR SERGIO KIERNAN

Una de las muestras más palmarias de mala fe que contiene la ley argentina es el curioso sistema que inventó nuestra Legislatura porteña para proteger edificios patrimoniales. La trampa que se armó se llama *doble lectura* y consiste en que todo tiene que votarse dos veces. Alguien propone una catalogación de un edificio o lugar; el trámite recorre las comisiones del caso, se hacen audiencias públicas para que hablen los vecinos, se vota. Y luego se vota otra vez, otro día, en otra vida. Catalogar es mucho, mucho más difícil que expropiar, medida drástica que requiere sólo una vuelta de votación.

Es obvio que el sistema fue deliberadamente creado para que se catalogue lo menos posible y, hasta que Diego Hicketier encontró un argumento constitucional imbatible, lo más lentamente posible. Es que el trámite tomaba meses y muchos vivos demolían rapidito, tornando el trámite nulo y abstracto. Hicketier, un Perry Mason de estas cosas, planteó en el amparo por Montevideo 1250 de Basta de Demoler que esto era inconstitucional, ya que el Ejecutivo –que da los permisos para demoler– le impedía al Legislativo hacer su trabajo, que en este caso era votar dos veces la catalogación. El amparo fue un rayo de orden, tajante y refrendado por la Cámara.

Aunque no se puede demoler más de araca aprovechando la lentitud del trámite –al menos no legalmente–, nada cambió en el ritmo de trabajo de la Legislatura. Por eso surgió últimamente un buen recurso para proteger el patrimonio de picardías y desidias: el proyecto de catalogación colectivo. Por ejemplo, dos que acaba de presentar la presidenta de la Comisión de Patrimonio de la Legislatura, Teresa de Anchorena (CC), que con respaldo multipartidario busca ampliar el área protegida del barrio de Barracas y propone la catalogación de 76 edificios de todo tipo. El proyecto fue presentado este jueves, con lo que los edificios ya están formalmente protegidos hasta que se vote por sí o por no. Por la misma lógica, Anchorena busca evitar un desastre en La Boca, frenando un ensanche fatal catalogando quince edificios de una sentada.

En Barracas

Según cuenta Ignacio Fusilier, vecino del barrio y uno de los organizadores de Proteger Barracas, el proyecto de Anchorena refleja una fuerte inquietud de los vecinos. Resulta que en el último año largo, los locales se asombraron por la proliferación de edificios de ocho a doce pisos en una zona que siempre fue de casas. Fusilier ya mantenía una página web dedicada a estos temas y a denunciar la piqueta salvaje, que se transformó en un foro de discusión zonal. Lo que encontraron los vecinos fue que la razón era que la región entre Defensa, Montes de Oca, Caseros y Martín García tenía una zonificación de altura. Como Barracas es visto ahora como un barrio con futuro, los especuladores comenzaban a usar la zonificación.

Fusilier y sus vecinos llevaron a la Comisión de Patrimonio un detallado relevamiento de lugares en peligro y explicaron con detalle sus alarmas. El álbum de demoliciones que compilaron es para que lloren las piedras: casas deliciosas, cultas y bonitas destruidas sin piedad y reemplazadas por edificios de nula arquitectura, gusto o fantasía. El equipo de Anchorena se puso a trabajar.

Fusilier explica que el proyecto actual tiene como centro bajar la altura al barrio, de media-alta a media-baja, lo que en concreto significa edificios de hasta diez metros y medio de altura, con retiro. Esto cambia drásticamente la ecuación económica a favor del patrimonio, ya que la tierra pasa a valer menos y el edificio existente vale más. Hoy, las inmobiliarias ni se molestan en mostrar fotos de lo que venden, ya que basta contar las medidas del "terreno" y decir cuánto es el FOT, o sea cuánto se pude subir en altura. Al vedarse el vandalismo, hay que vender la casa y no el terreno. En números, la diferencia no es tanta, sobre todo si hay paciencia y no especulación.

El proyecto también protege lugares como el pasaje Lanín y las transversales por Montes de Oca, que pese a ser calles tienen zonificación de avenida. Este tipo de pavadas se defienden con la teoría de la "densidad urbana", que dice que entre más gente, mejor. No es casual que tantos urbanistas digan esto, que es lo que los especuladores quieren escuchar.

El proyecto avanza además con catalogaciones individuales de edificios de valor patrimonial. Hay siete en Caseros, siete en Cochabamba, tres en Defensa, incluyendo locales del mercado del 1300, tres en Finochietto, tres en Juan de Garay, una en Perú, seis en Piedras, incluyendo el Club Paraguay. También se salva la estación terminal Buenos Aires en la calle Alvarado, el Normal de la calle Arcamendia, el viejo Lloyd de Aristóbulo del Valle, la Societá Liguria de Azara, la escuela Derqui de California, la imprenta Kraft de Martín García, el pabellón Jockey Club del Hospital Elizalde, la casa de Díaz Velez, la fábrica Bagley, la parroquia y el club de Santa Lucía, el Nación de Montes de Oca al 1600, el Provincia del 800, la cervecería Quilmes de Piedras 1460, el mercado de Patricios, la Sociedad Luz y el conjunto de edificios de la estación elevadora Barracas-La Boca. Y muchas casas y hoteles en Brasil, California, Chacabuco, Herrera, Hornos, Ituzaingó, Montes de Oca y Olavarría.

Lo que este proyecto hace en concreto es ampliar el APH1 y forma un continuo de protección que toma Parque Lezama y se extiende por Barracas, protegiendo conjuntos imperdibles y evitando que todo se vaya a las alturas.



Rafael Yohai

La Boca

El segundo proyecto presentado por Anchorena busca evitar un desastre de magnitud para la historia porteña. Resulta que todavía sigue vigente la ordenanza 23.475, que ordena el ensanche de la avenida Pedro de Mendoza entre Necochea y Alfredo Palacios. Como una vereda de esta avenida es agua de Riachuelo, la única manera de cumplir este proyecto es destruir uno de los lugares más patrimoniales que tenemos. No es que el Ministerio de Inventarle Opositores a Macri ande hablando de hacerlo, ni siquiera su colega el Ministerio de Irritar a los Vecinos con Obras Inconsultas. Pero sabiendo con qué bueyes aramos en Buenos Aires, no está de más bloquear a los genios por escrito y con fuerza de ley.

Es que si a alguien se le ocurriera llevar a cabo este delirio, desaparecería la Vuelta de Rocha, con mástil y todo. Por eso el proyecto cataloga el conjunto de la Barraca Peña en la calle Vespucio y la vivienda y local de Magallanes 827, y luego se mete de lleno en Pedro de Mendoza. Entre el 1600 y el 2800 quedarían a salvo el depósito Descours & Cabaud, la Fundación Proa, el viejo lactario municipal, el Teatro de la Ribera, la escuela museo, la escuela de artes gráficas, la casa Martín Rodríguez, el hospital odontológico para chicos Quinquela Martín y cuatro viviendas de valor patrimonial.

Entre varios tesoros de estas cuadras hay que destacar murales de Lacámera y Victorica, por no hablar de edificios como la barraca Peña, que fue construida en 1774. ¿A quién se le ocurriría destruir algo así? A un general, por supuesto, lo que explica que la ordenanza fuera sancionada en 1968, bajo la dictadura de Juan Carlos Onganía. La genialidad ordena ensanchar la avenida dos metros tierra adentro. Esto obligaría a demoler las fachadas de todos los edificios frente al río, una masacre impensable. Con este proyecto, el tema queda formalmente derogado.

Colofón

Para terminar, un sano síntoma de cómo el patrimonio se instaló en la agenda política porteña. Los vecinos de Barracas están muy bien movilizados para hacerse escuchar y son campeones en juntar muchas, muchas firmas. Esto se refleja en un detalle muy importante del proyecto de protección de Anchorena. Como todo proyecto habido y por haber, tiene la firma del autor y de otros diputados que lo apoyan, lo que demuestra al conjunto de la Legislatura el grado de apoyo que tiene. En esta ocasión, la lista de firmas es llamativamente multipartidaria: Facundo di Filippi, Sergio Abrevaya y Diana Maffía de la Coalición Cívica, Juan Cabandié del Frente para la Victoria, Avelino Tamargo del PRO, Eduardo Epszteyn, Raúl Puy y hasta Aníbal Ibarra, que cuando era jefe de Gobierno no movió un dedo por el patrimonio, por Diálogo por Buenos Aires, y Patricia Walsh de Nueva Izquierda.

Arnaldo Pampillón


París verde, Berlín discutidor

POR S. K.

La capital francesa completa un edificio que es de lo más verde: muy, pero muy verde. Y la alemana debate por el proyecto de reconstruir un viejo palacio real.

Justo cuando el mundo viene y se cae, financieramente, París estaba empezando otro de esos períodos de competencia con Londres, su eterna rival. Las dos capitales a ambas márgenes del canal parecen turnarse en esto de estar "en punta" con nuevas arquitecturas que nadie sabe si son buenas, pero ciertamente son llamativas. En los ochenta, por ejemplo, los franceses plantaban la pirámide de Pei en pleno patio del Louvre y construían un nuevo distrito de una ultramodernidad. En los noventa, la antorcha pasó a los ingleses que, Foster a la cabeza, empezaron a cambiar el skyline de su capital.

Pues acaba de empezar otro período en que los franceses se lanzan, si es que pueden seguir consiguiendo el financiamiento para proyectos de escala. El *coqueluche* del momento es una suerte de oruga verde luminiscente que se arrastra una cuadra larga a orillas del Sena, justo al lado de la estación de Austerlitz, y tiene el nombre de Cité de la Mode et du Design. El edificio es verde, muy verde, iluminadamente verde y deliberadamente llamativo.

La Cité es la nueva sede de una escuela de moda y de una galería de diseño y fue fruto de un concurso nacional. El pobre Nicolas Sarkozy tuvo que entregar, a disgusto, los premios. Demóticamente, el presidente susurró que "esto verde... tan verde, debe ser arquitectura". La frase, emitida en televisión, deleitó a los autores, Brendan Macfarlane y Dominique Jakob, socios en el estudio Jakob Macfarlane, conscientes de que no hay dinero que te pague la notoriedad de un rechazo presidencial.

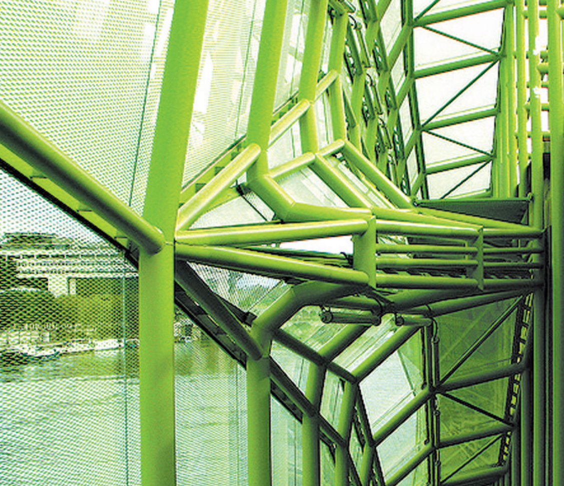
Los autores defienden su lumínico verde, producto de vidrios coloridos iluminados internamente, afirmando que París "es una ciudad colorida". Como esto simplemente no es cierto –París es una ciudad en símil piedra, con remates negros–, Macfarlane y Jakob hacen listas de verdes: árboles, parques, la torre Eiffel –de hierro pero pintada de verde– y las interminables broncerías urbanas.

Por supuesto, el verde es una provocación y un faro, ya que el edificio es "poroso" y de fácil acceso. Para comenzar, continúa las famosas veredas que recorren la longitud del río en una galería techada pero abierta a las aguas. Quien sienta curiosidad puede entrar desde ese lado (o desde los otros tres) y perderse en la "oruga", que es una serie de pasillos, rampas y escaleras que suben y bajan proponiendo un recorrido o simplemente comunicando ámbitos internos. La Cité parece un aeropuerto bien hecho, lleno de vías inexplicables aparentemente.

Los franceses se encuentran en un recambio generacional de los que les suceden regularmente. La arquitectura por allá es bastante predecible, con el Estado como principal cliente, construcciones regulares y la obligación por ley de llamar a concurso para hacer cualquier cosa. A esto se le suma el "derecho real" que los presidentes ejercen con gusto y consideran parte de su herencia. Es la tradición que permite que Mitterrand creara un barrio entero de *grand projects* y que Pompidou demoliera un mercado y mandara hacer un museo por orden superior.

Pero la mayoría de los arquitectos se ganan la vida con alguna versión del glorioso vernacular francés o con variantes del modernismo convencional, lo que le ahorra al país los bodrios mediocres que nos apabullan por acá y las imitaciones baratas de grandes arquitectos que caracterizan lugares como Dubai. La desventaja de este sistema tan estable es la falta de ideas y la alergia al riesgo: es raro que un edificio francés le llame la atención a alguien.







Arriba, una general y un detalle de los caños verdes de la Cité junto al Sena, y a la izquierda una vista del Hohenzollern en el Berlín de 1890.

Mientras, en Berlín

Los alemanes están como en la otra punta de la escala cuando se trata de su capital. Los berlineses están cada día más apabullados por la explosión constructiva que se vive desde la unificación, que hizo que se pierdan en su propia ciudad. Sitios enteros fueron cambiados por completo, de aspecto, de usos y de escala, en una suerte de orgía de aceros y concretos. Los resultados son mixtos, con piezas individuales notables y conjuntos no tanto.

Pero hay un par de lugares simbólicos de la vieja ciudad que el gobierno quiere recuperar un poco a la vieja usanza. Esto resulta común en un lugar tan prolijamente bombardeado, que reconstruyó miles y miles de edificios usando las ruinas como base. El problema es que ya pasaron más de sesenta años del fin de la guerra y la idea de reconstruir genera polémicas.

En este caso, el problema es con un viejo edificio en estilo barroco alemán llamado el Hohenzollern Stadtschloss, el Castillo o Palacio de la Ciudad, que cierra una punta de la famosa avenida Unter den Linden. Igualito que nuestra Avenida de Mayo, la avenida de los tilos creaba una vista política, con la Puerta de Brandeburgo en un extremo y el Palacio en la otra.

Este simbolismo le costó la vida al palacio, que viene a quedar en lo que era Berlín Este. El gobierno comunista se negó a restaurarlo terminada la guerra y en 1950 lo demolió como un símbolo de la canalla monárquica. Después de dos décadas como potrero en pleno centro, el enorme lote fue cubierto con el Palacio de la República, un masacote de hormigón al mejor estilo Soviet-Modern. Por su fealdad y por su asociación con el gobierno del Este, este año el Palacio fue demolido –a un costo que sorprendió a todos– y el terreno volvió a ser un baldío.

Mientras, se hacía un concurso pidiendo un edificio nuevo que imitara al viejo Schloss demolido en 1950 en tres fachadas y en perímetro, y que propusiera una cuarta fachada nueva y una planta original. El nuevo edificio será un museo de arte no-europeo, una biblioteca, cafés y restaurantes, llamado el Humboldt Forum.

¿Una imitación de un edificio antiguo? Ningún arquitecto que comulgue en el altar modernista se permitiría semejante herejía, por lo que el concurso casi queda desierto. Lo terminó ganando un italiano poco conocido, Franco Stella, que reprodujo con fidelidad las tres fachadas requeridas y propuso una cuarta de su cosecha.

El proyecto dividió a los berlineses. Una buena parte lo aprueba porque todavía les dura la bronca de la demolición de 1950 y porque están curados de espanto con lo que la modernidad ideológica hizo con lugares como Postdamer Platz. Otros señalan que el edificio original –que no era ninguna maravilla– de alguna manera completa un conjunto de obras del brillante Karl Friedrich Schinkel, capitaneado nada menos que por su Museo de Antigüedades, junto a la demasiado alta catedral barrocona y recargada.

Los que detestan la idea proponen dejar todo como está, parquizar el potrero y ahorrarse los ochocientos millones de dólares del presupuesto. Es muy probable que terminen ganando: Berlín está tan mal de plata como el resto de las ciudades del mundo y nada indica que tenga los fondos para hacer la obra.

POR LA CIUDAD

Los teléfonos andan sonando por toda la ciudad, con grabaciones del gobierno porteño avisando de obras. Obviamente son planificadas por barrio y sector –para algo sirven tantas computadoras– y mezclan algo de propaganda con algo de servicio. Esto es, que tal calle estará cortada total o parcialmente en tal altura, porque trabajamos para usted. Avisar al prójimo de las interrupciones de tránsito es tan buena idea que aquí va otra, de lo más barata y *low-tech*: pongan un cartel *antes* del corte de una calle, así el tránsito puede elegir desviarse antes de la galleta que genera el corte. Esta noción tan simple parece filosofía para los contratistas de la ciudad y para algunos parece hasta cosa de broma. Por ejemplo, el que anda "arreglando" la calle Defensa a la altura de Independencia, que corta la calle con un lindo cartelón naranja de chapa que dice "Calle cortada a 100 metros". El hombre debe reírse de lo lindo al no ponerlo a cien metros sino exactamente donde ya es tarde.

■■■

Hay que felicitar al dueño de la bella casa de fachada Art Noveau de Paraguay al 1300. Es esa, a mano derecha como viene el tránsito y justo antes de cruzar Talcahuano, que se destaca por un gran mural de mayólica con una escena bucólica que toma casi toda la fachada. El mural es tan bello que uno casi ni se da cuenta de que la casa está mantenida en el original: puerta, verjas, la persiana del local en planta baja, los marcos y hasta las rejas por debajo de la vidriera, todo es de época. El contraste es terminante si se sigue Paraguay abajo: al 1100, justo enfrente de la plaza, sigue el hueco que dejó una espectacular mansión francesa. Demolida sin piedad, la casona es ahora un horrendo estacionamiento. Esta vulgaridad le debe haber rendido bien a alguien, pero sigue siendo un acto de barbarie.

■■■

Hablando de barbarie: el grupo Starnova se merece el premio Genghis Khan por el espanto de edificio que está por estrenar en la calle Nicaragua y Arévalo, a metros de Dorrego. Es un enorme terreno que por muchos años fue terminal de tranvías, "programa" que consistía siempre en un edificio y una gran área techada, como un gran galpón. En Primera Junta, donde circula el tranvía histórico, puede verse un edificio así en funcionamiento. El de "Palermo Hollywood" consistía en un edificio de tres niveles sobre la esquina, como un gran chalet italiano de techo de muchas aguas, con el galpón techado por atrás, en un ángulo recto. Lo que se veía de afuera era muy elegante para ser un edificio industrial, ya que parecía una gran residencia con dos entradas importantes para autos, con amplios portones. El edificio estuvo cerrado muchos años hasta que el Starnova anunció edificio + hotel boutique, idea que no asombra por su creatividad, pero en fin... La cosa es que el edificio original sigue en su estado bastante calamitoso pero el galpón ya desapareció, reemplazado por una mole cuyo único sentido es cubrir cada centímetro cuadrado posible. La gula económica es tal que las enormes fachadas –las que dan a la calle y las mucho mayores que aparecen por detrás del edificio original– están cargadas de balcones, como para ganar más metros a cobrar. El edificio es de una falta de originalidad, de garbo e ideas que pasma hasta en estos tiempos mediocres. Ni siquiera tiene la decencia de tener una planta baja un pelito más alta, cosa de darle alguna elegancia. La berretada sólo sirve para que el airoso chalet italiano parezca pequeño, viejo y sitiado por una mole blanca.